



La inflación se ha convertido en uno de los temas más tratados por los medios de comunicación en los últimos años en la Argentina, y ya forma parte de cualquier conversación de oficina o de café entre amigos, como si fuera una cuestión de vida o muerte. No es para menos; a ninguno de nosotros nos gusta que nos falte el dinero para llegar a fin de mes o ver que cada vez podemos adquirir menos cosas con nuestros ingresos.

Este indicador es uno de los que más influyen en nuestro humor y de los que más rápido percibimos sin importar a qué clase social pertenezcamos, porque se puede ver en cualquier lugar donde vayamos a comprar; aunque los que sufren peor el impacto son los que menos recursos tienen, ya que la mayor parte de lo que ganan lo gastan en alimentos, que son los

a la catástrofe.

Por eso, la administración de Cristina Kirchner ha hecho todo lo posible por esconder el verdadero dato de la inflación a través de la manipulación de las cifras que calcula el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), en lugar de combatirla como lo hace la mayoría de los países de todo el mundo (excepto Venezuela).

Esto ha llevado a que tengamos un índice oficial, ahora readaptado y convalidado por el Fondo Monetario Internacional (FMI), y uno paralelo, que divulga el Congreso de la Nación, basado en el promedio de lo estimado por diversas consultoras privadas, que debieron recurrir al Parlamento para evitar sanciones del propio gobierno.

Todo esto no hace más que mostrar que vivimos una época en la que la inflación se ha tornado en una especie de psicosis que nos man-

en la que se daba en la Argentina, donde los precios subían, pero también lo hacían los salarios. Sin embargo, en el último año, esto ha cambiado, ya que los sueldos han aumentado menos que los valores de los productos, por lo que ahora lo sienten como un problema serio.

Además, durante el gobierno de Néstor y Cristina Kirchner, hemos aprendido que una distribución justa y progresista se logra generando más riqueza y cambiando la ecuación de reparto de ese valor agregado, y no sacándole a unos para darles a otros.

En estos casos, sólo lo ve justo quien recibe pero, al que se lo quitan, siente este hecho como algo tiránico y arbitrario. Entre los años 2002 y 2007, la ciudadanía advertía que les quitaban a pocos que habían ganado mucho durante muchos años, como las empresas privatizadas y las multinacionales, para darle al resto. Entonces, el 5% de la población aportaba, y el 70%, recibía. Luego, fue cambiando la ecuación y, al no subir el mínimo no imponible del impuesto a las ganancias y al ajustar los ingresos por inflación y no los costos, la clase media empezó a pagar este tributo, pese a que no estaba ganando dinero.

Por esto, en ese reparto, un día la sociedad se dio cuenta de que ya le sacaban al 60% para darle realmente el 20% (algo más ligado a la política que a un hecho de justicia en sí), y esto se transformó en otra señal de que se había producido un cambio de percepción en lo que representa la inflación en nuestro país.

En medicina, el dolor es un síntoma que ayuda al médico a diagnosticar cuál es la patología. Como es difícil de aguantar, se convierte en la mejor ayuda para prevenir cosas peores. Calmarlo u ocultarlo no resuelve el problema; muchas veces, lo único que hace es permitir ganar tiempo, pero a la larga sólo empeora la situación general.

La inflación es a la economía lo que el dolor a la medicina: sólo un síntoma que advierte sobre la enfermedad conocida como déficit fiscal, que es cuando gastamos más de lo que nos ingresa. Si esto sucede, la primera solución es endeudarnos para cubrir ese bache, algo que ocurre siempre y cuando haya alguien dispuesto a financiarnos. Si no, nos queda la alternativa de incrementar nuestros ingresos, que en el caso de un país significa aumentar los impuestos, siempre que la sociedad pueda pagarlos.

Muchas veces, esta subida produce menos recaudación, porque un gran número de personas se ven tentadas a pasar a la informalidad ante una presión tan alta. Cuando esto ocurre, podemos optar por abonar parcialmente el vencimiento de la tarjeta de crédito; pero la patente de nuestro auto la pagamos o la adeudamos. Una tercera alternativa es bajar nuestros gastos. En el caso de un país, implica recortar el desembolso del Estado; y esto, generalmente, tiene un costo político muy difícil de absorber, como le ocurrió a Ricardo López Murphy cuando asumió como ministro de Economía en el año 2001 y quiso tomar este tipo de medidas: debió renunciar a su cargo.

Hace falta mucho poder político para encarar un ajuste. Cuando son voluntarios, generalmente se dan al principio de un ciclo político y no en su final, ya que allí se producen bajo la presión del mercado, por lo que suelen ser más sangrientos; como, por ejemplo, la devaluación de los años 2001-2002, que terminó siendo una forma agresiva de bajar a la mitad el gasto público en dólares.

Cuando no se puede o no se quiere tomar ninguna de las alternativas anteriores, se opta por el camino más fácil: emitir billetes para financiarlo. O sea, se aumenta la oferta de pesos que hay en circulación en la calle. Esto provoca, enseguida, un efecto sobre el valor de la moneda, ya que a mayor cantidad de papeles dando vueltas, menor acaba siendo su precio, lo que conlleva una devaluación implícita frente a las divisas fuertes como el dólar (en

* Extracto de *País Riesgoso. Cómo interpretar la economía y los mercados financieros*, de Claudio Zuchovicki y Hernán Dobry.

“La inflación es a la economía lo que el dolor a la medicina: sólo un síntoma que advierte sobre la enfermedad conocida como déficit fiscal, que es cuando gastamos más de lo que nos ingresa.”

que suelen subir más rápido.

La inflación suele ser engañosa porque, en un principio, está bien vista por algunos comerciantes o industriales, ya que pueden subir sus precios, y esto compensa los primeros síntomas de agotamiento en el equilibrio entre la oferta y la demanda de sus productos, y termina ocultando las distorsiones que son las que la causan.

En un comienzo, esta alza va más rápido que el ajuste en los costos, sobre todo porque los salarios se actualizan en forma rezagada, muchas veces hasta un año después de que empezó este fenómeno. Por eso, en esta etapa, los empleadores sacan ventajas, y los que más sufren estas distorsiones son los empleados, los que tienen un ingreso fijo, los que no pueden trasladar el impacto que les generan los aumentos.

El principal flagelo que provoca la inflación no es la subida nominal de los precios sino el tiempo de duración que pueda llegar a tener este proceso, en especial en países como el nuestro, donde hemos pasado largas temporadas sufriendo sus síntomas, sin que nadie pudiera encontrar la forma de solucionar este problema.

Por eso, en la Argentina, esta palabra es casi un tabú, esencialmente para los políticos, porque nos remite a tiempos pasados no tan lejanos: el final del gobierno de Raúl Alfonsín, donde alcanzó niveles del 4923% anual, y los comienzos del de su sucesor, Carlos Saúl Menem, cuando subió hasta el 3079%. A tal punto llega la situación que la presidente Cristina Kirchner evita una y otra vez mencionarla en sus discursos, pese a que rondamos el 30% en el año 2013, y a que en este año 2014 podría superarse esa cifra, según las diferentes estimaciones.

Tan hondo ha calado lo que sufrimos a fines de los ochenta que cualquier político se estresa con el solo hecho de pensar que podría ocurrirle algo parecido. Y nosotros actuamos en consecuencia, por lo que la sola referencia a que podríamos volver a tener una hiperinflación nos aterra y nos hace salir a aprovisionarnos, como si estuviéramos cerca de sufrir una catástrofe climática o una guerra.

La reiteración constante de esta historia nos ha convertido en enfermos crónicos. Por eso, como ya nos pasó y queremos protegernos de que pueda volver a ocurrir, cada vez que vemos que se avecinan tiempos difíciles, adelantamos nuestro consumo o postergamos las ventas, con lo que generamos distorsiones entre la oferta y la demanda, algo así como una profecía autocumplida, que nos lleva



■ **Título:** *País Riesgoso. Cómo interpretar la economía y los mercados financieros*
 ■ **Autores:** Hernán Dobry y Claudio Zuchovicki
 ■ **Sello:** Ediciones B
 ■ **Edición:** 2014

tiene pendientes de cuánto van a aumentar mañana los productos que necesitamos para consumir y trabajar, en lugar de pensar en dónde invertir, o qué producir o vender en nuestro negocio para seguir creciendo.

Si hiciéramos una encuesta, posiblemente, la mayoría de los argentinos diría que la inflación es mala. Sin embargo, en gran parte del mundo, esto no siempre es así. Un país puede tenerla, siempre y cuando la mantenga en niveles razonables. Hay casos como, por ejemplo, los Estados Unidos en los últimos años, donde la señal de que los precios minoristas comenzaron a crecer fue una alerta de que la economía se estaba moviendo tras la crisis del año 2008, que los había paralizado. Incluso, no tener nada o mostrar cifras negativas (deflación) puede resultar un gran trastorno para un gobierno, como nos ocurrió durante el final de la presidencia de Menem o toda la de Fernando de la Rúa. En esto, nos tendremos más adelante.

Un aspecto importante para tener en cuenta, especialmente en nuestro país, cuando se habla de la percepción de la inflación, es el sentimiento de los jóvenes. Quienes tienen más de 24 años nunca han vivido un proceso de este tipo, por lo que veían como buena la forma